

Crisis económica y crisis social. El problema del sujeto de la transformación*

Economic crisis and social crisis.
The problem of the subject of transformation

ALBERTO BURGIO

Università di Bologna

RESUMEN. La actual crisis económica que sacude al Occidente capitalista (y en particular a los países mediterráneos de la Unión Europea) es el resultado de una historia que comenzó en los años setenta, con la respuesta neoliberal (Reagan y Thatcher) a la caída de la tasa de ganancia producida como resultado de la lucha de clases y los trastornos geopolíticos durante las tres décadas posteriores a la segunda guerra mundial. Volver a leer esta historia con Marx es indispensable para comprender las dinámicas y los desarrollos posibles de la crisis. Pero esto implica evitar toda simplificación determinista y tener en cuenta el papel a menudo decisivo desempeñado, en los procesos materiales, por los factores subjetivos.

Palabras clave: Marx, crisis, hegemonía, subjetividad, determinismo

Notas sobre la crisis

Una reflexión sobre la actual vuelta *de* Marx (si bien no todavía *a* Marx) no puede no partir de sintéticas consideraciones sobre la crisis que desde hace cinco años atenaza al occidente capitalista y en particular a la Europa unida bajo el paraguas – aunque quizás deberíamos decir, más bien, bajo la capa – del

ABSTRACT. The current economic crisis that is affecting the capitalist West (and in particular the Mediterranean countries of the European Union) is the result of a history that began in the 1970's, with the neoliberal response (Reagan and Thatcher) to the fall of the rate of profit produced as a consequence of class struggle and geopolitical disturbances during the three decades following the Second World War. It is indispensable to re-read this history with Marx in order to understand the possible dynamics and developments of the crisis. But this implies both avoiding any determinist simplification and taking into account the often decisive role played in material processes by subjective factors.

Key words: : Marx, crisis, hegemony, subjectivity, determinism

euro. Una crisis (económica, social, política y moral) de la cual es preciso hablar en dos sentidos: por un lado, con relación a qué es y a cuáles causas la han determinado y la alimentan; por el otro, con respecto a cómo es representada por los medios de información. El control del discurso público es crucial desde que existe la opinión pública, esto es, desde cuando tiene sentido hablar de moderni-

* Traducción de Miguel Candiotti.

dad y de sociedad de masas. Pero ese control constituye un aspecto verdaderamente decisivo del gobierno de los cuerpos sociales durante las fases de crisis. Lo fue sin duda a inicios del siglo XX, en la fase preparatoria de las guerras mundiales y en la construcción y gestión de regímenes autoritarios de masa. No es casual que Gramsci sitúe la cuestión de la «hegemonía» en el centro del análisis del fascismo y, más en general, de la «crisis orgánica». Él intuye que sin el control del sentido común sería imposible modificar las estructuras del poder político y de la actividad reproductiva en la profundidad exigida por la crisis. Por eso considera la hegemonía (la «dirección intelectual y moral») como la misma razón de ser de uno de los dos «planos superestructurales» (la «sociedad civil») en los que se articula la acción «organizativa y conectiva» desplegada por las clases dominantes¹. De manera análoga, la presión ideológica sobre la opinión pública es hoy fuerte en una medida que no parece encontrar parangón en la historia de la segunda posguerra. Lo cual sugiere que la que estamos viviendo es una verdadera fase de transformación epocal. Cada día, desde al menos un lustro, toda la poderosa columna de medios de (in)formación se ocupa frenéticamente de producir una representación de la crisis que sea funcional a prevenir la formación de una conciencia crítica de masas. Las causas estructurales de la crisis son sistemáticamente ocultadas, con la finalidad de distraer la atención y la cólera de los cuerpos sociales empobrecidos y arrojados al miedo. Desvergonzadamente se atribuye la crisis a los excesos de bienestar y de democracia que habrían caracterizado el pasado reciente. A quien no tiene trabajo o dispone de ingresos insuficientes para garantizar una vida digna para

sí mismo y para su familia se le hace el odioso reproche de «haber vivido por encima de sus posibilidades». Con el doble efecto de impedirle identificar las raíces de la violencia que está padeciendo y de allanar el camino hacia nuevas violencias. En este sentido, la «captura cognitiva» de la opinión pública cumple hoy, con el fin de conservar las estructuras de poder dadas, una función no menos importante que la desempeñada por los «aparatos ideológicos del Estado» en los tiempos del fascismo. Y por esta misma razón nuestra reflexión no puede no partir de un rápido resumen de las raíces económicas y sociales del presente estado de cosas².

No sería posible dar plena cuenta de la situación en la que se encuentran actualmente las clases trabajadoras de los países capitalistas (en particular, por lo que respecta a la eurozona, los países mediterráneos y orientales) sin reconducir a sus causas estructurales de breve y largo período la crisis que explotó en 2007, en los Estados Unidos, y de allí se propagó por todo el planeta, como resultado de la insolvencia de los titulares de hipotecas *subprime* y de la quiebra de la Lehman Brothers. Es preciso remontarse a la revolución neoliberal ligada a los nombres de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, con la cual el capital responde, a partir de finales de los años setenta, a la crisis de rentabilidad de las inversiones en el sector industrial, a su vez provocada (además de por el constante aumento de la composición orgánica del capital productivo) por la evolución del conflicto social favorable al trabajo que se había verificado en los treinta años que siguieron al final del conflicto mundial. Como se sabe, en toda la economía-mundo capitalista, entre el final de la segunda guerra mundial y la mitad de los

años setenta, la lucha de clase y el conflicto geopolítico entre capitalismo y «socialismo real» proporcionan al movimiento obrero conquistas importantes en el plano salarial y social. Las políticas de pleno empleo, las condiciones materiales de la producción y la misma competición político-ideológica con los países socialistas imponen a las clases dominantes una política de altos salarios y la ampliación de la esfera de los derechos sociales y civiles. Si bien desde el punto de vista del trabajo y de la democracia los treinta años entre 1945 y 1975 pueden ser considerados, como escribió Eric Hobsbawm, una «edad de oro», desde la óptica del capital constituyeron en cambio una pesadilla, caracterizada por recurrentes brotes inflacionarios y por una dinámica redistributiva tan imponente como alarmante. En los países desarrollados la riqueza social aumentaba (el PIB creció en un promedio del 4% al año en los USA, del 5% en los países de la Comunidad Económica Europea, del 11% en Japón), pero al mismo tiempo la tasa media de ganancia del capital invertido en las actividades directamente productivas disminuía. Habiendo alcanzado (en 1950) el 22%, comenzó a reducirse, ubicándose entre el 7,5% (en 1970) y el 10% (en 1975)³. La situación – que hacía pensar en el escenario del colapso capitalista evocado por Marx y por sus herederos – parecía insostenible. Cuando, en 1975 (el año de la derrota norteamericana en Vietnam), las élites económicas, intelectuales y políticas del mundo capitalista se dan cita para una convención emblemáticamente dedicada a los «excesos de democracia», los términos del problema aparecen ya bien definidos. La dinámica redistributiva debe ser bloqueada, y con ella

debe ser drásticamente reducida, si no anulada, la capacidad de negociación de las organizaciones sindicales. En una palabra, el trabajo asalariado debe volver a ser una mercancía pura y simple, aquella variable totalmente dependiente de las exigencias del capital que había sido en todas las fases de «acumulación originaria». Y la sociedad debe volverse un gran mercado, en el cual todo – bienes, servicios, derechos y personas – se transforma en mercancía y queda sujeto a la ley capitalista del valor. Se trata, evidentemente, de una declaración de guerra en toda regla, que se explicita en el enfrentamiento con los controladores de tráfico aéreo en los Estados Unidos (agosto de 1981) y con el despido masivo de mineros británicos en huelga (primavera de 1984). Durante las últimas cuatro décadas la guerra ha sido hecha – y en muchos aspectos ganada – con el poderoso arsenal político y militar que articula la revolución neoliberal (además de, como se decía, con la movilización de un despliegue masivo de recursos en el terreno ideológico): liberalización de los movimientos de capital (y desregulación general de las inversiones financieras); privatización de los sistemas de *welfare* (así como de sectores estratégicos del aparato industrial) con la consecuente subordinación del Estado a las finanzas en la función de organización política de la sociedad (atribuida normalmente a la esfera pública e institucional), mediante la aglutinación de vastos sectores sociales en torno a los intereses del capital financiero; control geopolítico de las materias primas y de los recursos energéticos; deslocalización de las actividades productivas (aprovechando los enormes progresos de las tecnologías informáticas y logísticas); creación de un imponente ejér-

cito industrial de reserva (premisa de la precarización del trabajo y de la deflación estructural de los salarios).

El éxito de esta reacción es atestado por el comportamiento de la tasa de rentabilidad del capital industrial, que – a pesar de que la relación renta-capital disminuya – vuelve a subir desde mediados de los años ochenta, después de haber tocado (en 1986) la medida mínima del 3%. Pero se trata de un éxito relativo y frágil, no de la solución estructural del problema. El aumento de la tasa de ganancia – efecto de una consistente reducción de la cuota de los salarios sobre la renta, obtenida mediante el fuerte incremento de la tasa de explotación del trabajo vivo – no compensa las pérdidas acumuladas durante los treinta años posteriores a la segunda guerra mundial. El balance de la tasa media de ganancia se mantiene negativo si se considera todo el período que nos separa del final de aquella guerra. Además de eso, la deslocalización de gran parte de las actividades manufactureras determina, en los países capitalistas, la caída del consumo y la contracción estructural de la demanda agregada. Llegamos así rápidamente a la segunda fase de esta historia, la cual nos lleva directamente a la crisis que comenzó hace cinco años. Para hacer frente a los graves efectos perversos generados por la revolución neoliberal, el capital privado, alentado por la desregulación de los movimientos de capital y de los mercados financieros promovida en primer lugar por la administración Clinton, traslada cada vez más recursos a las actividades especulativas, generadoras de mayores ganancias. La financiarización de las actividades económicas, en la cual reconocemos el rasgo característico de la actual fase del «desarrollo» capitalista, no es por tanto – como a veces se

sostiene – expresión de la incoercible potencia del capital, sino esencialmente una respuesta a la caída de la rentabilidad del capital productivo y a la crisis de sobreproducción agravada por el neoliberalismo. Pero también es un factor de sobreexposición del sistema, destinado tarde o temprano a explotar con efectos devastadores. El capital financiero retribuye las inversiones hasta que la burbuja especulativa estalla. Por otra parte, la destinación de masas crecientes de capital a inversiones especulativas es un proceso que se autoalimenta a ritmos acelerados, mientras que la renta del capital extraíble de la actividad productiva es insuficiente para compensar el gran volumen de los activos financieros existentes en las condiciones exigidas por las finanzas. El continuo crecimiento de la masa de capital financiero permite el aumento del valor nominal, en virtud de lo cual las inversiones especulativas redistribuyen valor en beneficio de los inversores, hasta que los shocks sistémicos antes o después son (cíclicamente) inevitables. En este sentido la victoria obtenida por el capital con la revolución neoliberal lleva en sí misma el gusano de la derrota, de una crisis estructural que Gramsci no dudaría en definir como «orgánica». Es esencialmente una cuestión de tiempo, y adquiere particular relevancia, desde este punto de vista, el hecho de que la crisis iniciada en 2007 haya vuelto a estallar en 2010-11. En el corto plazo las cuentas cierran, en virtud del control de la moneda (en Estados Unidos, que imprime dinero y financia una política expansiva despreocupada del crecimiento de la deuda federal), gracias al empleo de fondos públicos para subsanar la quiebra financiera de bancos y empresas privadas (en la línea clásica de la socialización de las pérdidas) o mediante las así llamadas políticas

de «rigor» (en la Europa del euro, Grecia, España e Italia *in primis*, con la parcial excepción de Alemania, beneficiada por la tendencia favorable de la balanza comercial y por la afluencia masiva de capitales extranjeros) que no hacen más que descargar sobre la clase trabajadora los costes de la crisis atacando los derechos laborales, reduciendo la base de población empleada y utilizando la palanca fiscal de manera regresiva. Pero ¿y en el mediano-largo plazo? No han pasado ni cinco años de la crisis de las *subprime* y gran parte de Europa se encuentra en plena recesión, a un paso de la depresión. Naturalmente habría que articular esta síntesis: los promedios no reflejan – por definición – las condiciones reales de toda la población, y las políticas del así llamado «saneamiento» confieren ventajas a las oligarquías, como lo demuestra una marcada tendencia a la polarización de la sociedad (a la concentración de la riqueza – y del poder – en sectores cada vez más estrechos). Sólo un dato: en los Estados Unidos, a finales de los setenta, los ingresos del 10% más rico de la población no llegaban al 30% de la renta nacional; después de 1980 esta cuota ha alcanzado el 50% (y en 2008, el 1% más rico se asignaba a sí mismo el 23% de la renta total)⁴. Pero la tendencia a la proletarianización de cantidades cada vez mayores de población no sólo refleja una general inestabilidad macroeconómica, sino que revela la insostenibilidad del sistema tanto en el terreno inmediatamente económico como en el plano social y político. La tendencia a excluir del circuito de la reproducción (a marginar o a relegar a roles serviles) sectores cada vez más vastos de las clases subalternas comporta la decadencia simétrica de sectores sociales medios y altos, imposibilitados para obtener ingresos del curso normal de las acti-

vidades productivas y obligados a confiar, más o menos conscientemente, cantidades crecientes de sus ingresos a la ruleta de la especulación financiera. Mientras el aumento de la pobreza, la angustia y el resentimiento – y la expansión del consenso en torno a formaciones de extrema derecha en muchos países de la Unión Europea – hacen recordar las más trágicas experiencias del siglo XX, cuando precisamente el recurso a políticas de deflación contra las consecuencias inflacionarias de la crisis provocó la «rebelión de las masas» y el surgimiento de regímenes autoritarios y criminales.

Cuestiones de método

Ante esta sucinta descripción de la dinámica de la crisis surgen, como siempre, preguntas que acompañan toda reconstrucción histórica. ¿Hasta qué punto podemos considerar «objetivos» estos procesos? ¿En qué medida, en cambio, inciden en ellos factores «subjetivos»? ¿A la base de qué conexiones es posible encontrar la acción de lógicas puramente «materiales», y qué secuencias deben reconducirse, en cambio, a decisiones conscientes, a factores «intencionales»? En una palabra: ¿qué hay, en esta rápida narración, de «naturaleza» y qué de «historia»? Alrededor de interrogantes de este tipo se ha desarrollado, como es sabido, un debate que ha acompañado toda la historia del marxismo teórico a partir de la segunda mitad del siglo XIX. El mismo Marx se vió involucrado directamente en él hacia el final de su vida, como muestra el importante intercambio epistolar que mantuvo con los «marxistas» rusos acerca de la sucesión por estadios de las formaciones sociales⁵. La secuencia que el *Prólogo* de 1859 esquema-

tiza («a grandes rasgos, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden ser designados como épocas que marcan el progreso de la formación económica de la sociedad»⁶) ¿debe entenderse como un vínculo inexorable? ¿Se sigue de ella que el comunismo presupone la instauración, el desarrollo y la crisis del modo de producción capitalista? ¿O bien no se trata de otra cosa, al menos en la intención de Marx, que de una síntesis retrospectiva de la «historia universal» desde el punto de vista de la crítica de la economía política, carente, en cuanto tal, de toda pretensión prescriptiva en relación con la historia futura? Por lo menos en una ocasión Marx respondió con gran claridad a esta pregunta, tomando distancia de cualquier interpretación de *El Capital* en clave filosófico-histórica. El objetivo de la obra (especialmente en sus partes reconstructivas, como el capítulo XXIV del primer libro sobre «la llamada acumulación originaria») es – según escribió a la redacción de una revista en la cual se discutía sobre las presuntas connotaciones deterministas de *El Capital* – «indicar la vía por la cual, en Europa occidental, el orden económico capitalista ha surgido del seno del orden económico feudal»: reconstruir, por tanto, un acontecimiento histórico específico, no ya proponer la «teoría filosófico-histórica de un proceso evolutivo general fatalmente prescrito a todos los pueblos independientemente de las circunstancias históricas en las que se encuentran»⁷. El punto – concluye Marx – es que sería imposible orientarse en la realidad «con la clave universal de una filosofía de la historia, cuyo mayor mérito reside en el hecho de ser una teoría suprahistórica»⁸, y esto es así por la sencilla razón de que la realidad está siempre,

en su esencia misma, determinada históricamente. Pero esta toma de posición semi-privada del padre de la concepción materialista de la historia ciertamente no bastó para alejar del marxismo la sombra del determinismo. Por el contrario. Debido a la convergencia de diversas causas (entre las cuales no fue la última la *ratio* polémica inmanente a la disputa ideológica), ha prevalecido sistemáticamente la lectura mecanicista de la «filosofía de Marx», tal como la definió, a caballo entre los siglos XIX y XX, uno de sus más lúcidos adversarios italianos. Según Giovanni Gentile, lo que mueve a Marx, pensador de «fuerte espíritu especulativo», es la «intuición del curso general y necesario de la historia», el propósito de identificar la «dialéctica inmanente» que mueve la historia «por necesidad de su naturaleza», y que por tanto «trasciende las relaciones de tiempo»⁹. De esto se sigue que el materialismo histórico dispone sus objetos en un espacio que se sustrae al fluir del tiempo («suprahistórico», precisamente): que es – o presume ser – ciencia en la medida en que «tiene por objeto *toda la historia*», considerada desde un punto de observación que permite contemplar su curso «viendo todo lo que hay en ella de inmanente y de necesario»¹⁰. Ha transcurrido más de un siglo desde que Gentile escribiera estas líneas, pero no se puede decir que la disputa sobre el determinismo de Marx sea agua pasada. Ya sea que se trate de defectos de la teoría o de ambigüedades de su exposición (después de todo *El Capital* habla reiteradamente de «leyes»: del valor, de la acumulación capitalista, de la caída tendencial de la tasa de ganancia), o bien de incomprendimientos más o menos interesadas por parte de seguidores o de críticos, el hecho es que esta interpretación forzada (o

esta acusación) se repite en el tiempo. Está en el centro de la disputa entre Bernstein y Kautsky y subyace a las críticas de Weber y de Croce, de Löwith y de Popper, antes de alimentar las pequeñas polémicas filosófico-periodísticas de nuestros días. Vale la pena, entonces, aclarar un aspecto clave de la cuestión, antes afrontar, por último, el tema – hoy crucial para nosotros – del rol de la subjetividad en Marx.

Tomemos como punto de partida el ataque más explícito y duro a las interpretaciones «humanistas» de Marx, el que lanzó Althusser. En *Pour Marx* y luego en *Lire le Capital* la «ruptura con toda antropología y con todo humanismo filosóficos» es considerada como el «descubrimiento científico de Marx», quien, una vez «rechaza la esencia del hombre como fundamento teórico», «expulsa las categorías filosóficas de *sujeto*, *empirismo*, *esencia ideal*, etc., de todos los ámbitos en los que anteriormente dominaban»¹¹. Con mucha claridad y buenos motivos Althusser insiste en la necesidad de mantener la distinción entre el campo de la teoría (del análisis científico) y el de la «historia real» (de la experiencia concreta y de la actividad «práctico-sensible»), el terreno de la filosofía marxista (el materialismo dialéctico) y el de la ciencia de la historia (el materialismo histórico)¹². Pero ¿significa esto tal vez que para Marx (el Marx de Althusser) la teoría no se refiera de todos modos a la acción humana? ¿O que el modo de producción y el proceso de valorización no impliquen igualmente acciones, voluntades, decisiones, necesidades e ideas aportadas por seres humanos? Si sacáramos tales conclusiones y asumiéramos en términos literales (o pedestres) el tema «a-humanista»¹³, el

mismo ámbito de lo «económico» – que precisamente gracias a aquellas distinciones teóricas la «revolución teórica» de Marx tiene el mérito de demarcar correctamente, en el plano conceptual, y de indagar en su específica complejidad¹⁴ – resultaría totalmente impensable, puesto que en su constitución intervienen elementos (empezando por el concepto de la relación dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones de producción) que remiten necesariamente, en última instancia, al mundo histórico. El cual, de hecho, hace su aparición (después de la «ruptura epistemológica» con la filosofía precedente, centrada en el «empirismo del sujeto») en el «materialismo dialéctico-histórico de la praxis», nuevo espacio filosófico que Marx abre después de haber rechazado los viejos postulados del subjetivismo y que Althusser define como «una teoría de los distintos niveles específicos de la *práctica humana*»¹⁵. En otros términos, la cuestión althusseriana del antihumanismo (y del antihistoricismo) de Marx alude a la ontología de los objetos de la teoría, a su esencia conceptual, y no implica en absoluto – en el plano de las referencias empíricas – la extravagante hipótesis de un universo maquinal en el cual no hubiera rastro alguno de subjetividad. Lo que está en discusión es la necesidad de tomar conciencia de la especificidad propia del espacio discursivo de la teoría, de su lógica interna y – en este caso – de su autosuficiencia (Marx «define lo económico *mediante su concepto*»¹⁶), no ya una concepción naturalista de los fenómenos económicos, destinada a recaer en la que el mismo Althusser llama «vulgaridad mecanicista de la II Internacional»¹⁷. Se trata, en definitiva, de evitar la recurrente confusión en-

tre realidad y teoría, entre plano empírico y modelos teóricos¹⁸, y no ciertamente de atribuir a estos la intención de ocuparse de mundos irreales.

La operación althusseriana consiste en denunciar el malentendido que se deriva de la falta de problematización de la específica autonomía del discurso marxiano, de su constituirse sobre la base de un radical distanciamiento de la realidad empírica del propio objeto, y de la consecuente necesidad de operar un «pasaje» para recuperar el terreno de la «historia real»¹⁹. La ciencia de *El Capital* se instaure a partir de una *epokhé* – de la generación de un mundo «como sí» – funcional a dejar emerger constantes, regularidades y conexiones representables en las formas del análisis científico. Lo cual, sin embargo, no impone para nada la exclusión del factor subjetivo (humano, histórico) ni impide su conceptualización. Implícitamente, este mismo supuesto subyace a la reformulación de la perspectiva marxiana que se encuentra en una de las páginas más importantes de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci, un autor al cual Althusser atribuye una perspectiva humanista (e historicista), aunque connotada en sentido «auténticamente revolucionario»²⁰. Cuando Gramsci define la relación entre las fuerzas sociales como «estrechamente ligada a la estructura, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres» y, en cuanto tal, susceptible de ser «medida con los sistemas de las ciencias exactas o físicas»²¹ evidentemente no pretende referirse a la real dinámica social: aísla un «momento» de ella (Althusser diría: un «nivel»), sugiriendo la necesidad de ese procedimiento para construir el objeto del análisis teórico. El cual se desarrolla, a través de adiciones sucesivas, bajo el signo de

una creciente complejidad. El hecho de que el momento sucesivo de la relación de fuerza tome en consideración las fuerzas políticas y el grado de su «autoconciencia» –y, por tanto, el elemento de la subjetividad– no contradice estas premisas. Por el contrario, muestra cómo también Gramsci es muy consciente de la distancia que separa necesariamente el discurso del propio objeto (la teoría de la realidad que ella analiza), y cómo esa conciencia no se ve en ningún caso empañada por la referencia a las figuras concretas del conflicto social y al proceso de desarrollo de la «conciencia política colectiva», desde el grado «más elemental» («económico-corporativo») hasta el más complejo («la fase más estrictamente política»), pasando por el momento intermedio de una conciencia de clase todavía limitada al «campo meramente económico»²². Como en Althusser, encontramos en Gramsci (en el Marx de Gramsci) al mismo tiempo objetividad y subjetividad: formalización del campo de investigación según los modelos epistémicos propios del análisis objetivo (científico), y atención al factor humano (historia, conciencia, voluntad) y al rol que éste desempeña en la realidad empírica tanto en el terreno económico como en el cuadro del conflicto social y político.

El discurso no cambia si en este punto nos dirigimos a una de las principales fuentes del «comunismo crítico» gramsciano, ese Antonio Labriola del que todavía está pendiente un retrato interpretativo adecuado²³. Limitémonos a un solo ejemplo. En varias ocasiones, el segundo *Ensayo* insiste sobre el gesto de «naturalización» llevado a cabo por Marx en la determinación del campo de la teoría y en la definición de sus objetos. Si la cualidad científica superior del materia-

lismo histórico reside en la capacidad de «contraponer, y luego sustituir» al «espejismo de ideaciones no críticas» los «sujetos reales», las «fuerzas positivamente operantes», «los hombres en las varias y específicas situaciones sociales que les son propias», la teoría llega a este resultado, según Labriola, en la medida que «objetiviza y casi diría *naturaliza* la explicación de los procesos históricos»²⁴. ¿En qué sentido? ¿Tal vez en el de que Labriola, el crítico intransigente de la «epidemia» evolucionista y de la corrupción positivista del marxismo, no se percatara de estar siendo él mismo el primero en promover su regresión al plantear una lectura en clave cientificista? Sería paradójico, y de hecho las cosas son completamente distintas. «Nuestra doctrina objetiviza, y en cierto sentido *naturaliza* la historia», escribe Labriola, no porque ignore sus características (la diferencia específica respecto de la naturaleza *stricto sensu*, del mundo extra-humano «sin historia»), sino en el sentido de que, al tematizarla, reconstruye correctamente los contextos condicionantes y determinantes de la voluntad subjetiva, invirtiendo la perspectiva idealista tradicional centrada en la hipóstasis de la subjetividad. No es necesario hacer hincapié en que se trata de la misma línea de razonamiento que lleva a Gramsci a invocar las «ciencias exactas o físicas» (esto es, una idea metodológica de «naturaleza» como ámbito eurístiticamente adecuado para la objetivación del análisis) a propósito de las relaciones de fuerza sociales. El materialismo histórico invierte «la explicación desde los datos a simple vista evidentes de las voluntades que operan según un plan, y de las ideaciones auxiliares a la obra, a las causas y los móviles del querer y del obrar»²⁵, causas y móviles externos que

—según la clásica fórmula marxiana— determinan a la conciencia más de cuanto ésta pueda retroactuar sobre ellos, o en cualquier caso antes de que lo haga, modificándolos según sus propios fines. Que, por el contrario, tampoco para Labriola estas características de la teoría, estas cruciales cláusulas metodológicas suyas, implican una recaída en el determinismo se vuelve evidente si se tienen en cuenta la importante reflexión labrioliana sobre la naturaleza «morfológica» y no «cronológica» de las previsiones posibles en el ámbito político-histórico (un tema que Gramsci retomará a su vez, insistiendo en el nexo previsión-praxis) y lo que Labriola siente inmediatamente necesidad de agregar en esta misma página de la *Dilucidación preliminar*. El hecho de que «este término *naturalizar*» induzca a muchos «a extender a la historia las leyes y las formas de pensar que parecían ya apropiadas y convenientes para el estudio y la explicación del mundo natural» no es más que el resultado de una especie de primitivismo teórico (Labriola tiene aquí en mente la mezcla entre ciencias sociales y naturales que subyace al evolucionismo positivista) y denota, en cualquier caso, para él, la «confusión» entre diferentes «órdenes de problemas»²⁶: esa confusión, podemos concluir, que mueve la acusación de determinismo repetidamente dirigida al Marx crítico de la economía política, culpable, a juicio de sus críticos, no ya de haber buscado un modelo teórico útil para el análisis objetivo del proceso económico y de la relación social (reconocerle este propósito permitiría a lo sumo negarle el mérito de haber conseguido el resultado esperado y el honor de haber fundado una nueva ciencia), sino de haber construido una jaula filosófica donde encerrar la dinámica hi-

stórica. Y esto, por supuesto, con el fin de negar de raíz la consistencia de la libertad de los actores sociales, para así esclavizarlos a sus propias ambiciones «totalitarias» y las de sus seguidores.

Crisis, conflictos, hegemonía

Lo que afirman Labriola, Gramsci y Althusser emerge de una lectura de los escritos marxianos no afectada por intenciones polémicas. Más arriba se ha hecho referencia a la carta que el «viejo» Marx escribe a la redacción de los «Otetschestvennyje Sapiski» para aclarar su oposición a la filosofía de la historia. Pero toda su obra es testimonio de una perspectiva antidogmática, abierta a la indeterminación y a la aporeticidad de la experiencia. Marx no sólo es el estudioso del modo de producción capitalista, científicamente analizado mediante un modelo fuertemente estilizado. Es también (ya desde el *Manifiesto del partido comunista*) el historiador de la modernización y (en particular en las así llamadas «obras históricas») un atento observador de la lucha política contemporánea. En las páginas de *Las luchas de clases en Francia* y de *El 18 brumario* abundan las referencias implícitas a las categorías de la crítica de la economía política, pero al mismo tiempo presta la máxima atención a la acción «libre» de la subjetividad en el terreno político y en el cuadro del conflicto social. Las mismas obras dedicadas al análisis de la dinámica económica describen sólo aparentemente procesos necesarios. En realidad, ellas (el modelo analítico del proceso de valorización) tienen muy en cuenta la incidencia del factor subjetivo y la carga de innovación e imprevisibilidad inherente a la praxis indivi-

dual y colectiva. Esto es cierto – por nombrar sólo dos ejemplos – tanto en el caso de *El Capital* (y más aún en el de los *Grundrisse*), como en el del *Prólogo* de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, en el cual – como hemos visto – se cree detectar serios indicios de una propensión al determinismo filosófico-histórico. Con demasiada frecuencia se omite observar que el esquema dialéctico allí propuesto en relación con el proceso de incubación de las crisis revolucionarias gira en torno al papel antisistémico de la subjetividad (de la clase subordinada), que preserva el modelo de cualquier vicio determinista. Lo que da inicio a «una época de revolución social» es la transformación de las «relaciones de producción existentes» en «cadenas» que frenan las fuerzas productivas²⁷: una degeneración que es consecuencia del desarrollo de estas fuerzas, antes permitido precisamente por las relaciones de producción. El proceso se apoya, por tanto, en las fuerzas productivas, concepto que también abarca factores subjetivos (en el caso de la transición al capitalismo, la concreta capacidad de conflicto del Tercer Estado: por lo tanto, indirectamente, su conciencia de clase y el grado de maduración política de la subjetividad burguesa). En cuanto a *El capital*, bastará con observar que la muy discutida «ley» relativa a la caída de la tasa de ganancia no evoca una necesidad, sino una tendencia. Que Marx cree destinada, a largo plazo, a prevalecer, pero que también considera expuesta por definición a la interferencia de eficaces «causas antagonistas». Entre estas Marx incluye la lucha de clases, desplegada tanto por las clases dominantes como por las subalternas, siempre según su respectivo grado de conciencia y madurez

política. A sus ojos, por tanto, la capacidad de resistencia de la formación social capitalista (o, viceversa, la profundidad de los procesos de crisis y la intensidad de su desarrollo) depende en amplia medida de la evolución del conflicto social y político, un elemento que resultaría inconcebible si no se contemplaran factores subjetivos capaces de decidir acerca de variables cruciales, empezando precisamente por la tasa de explotación del trabajo vivo, a la que nos hemos referido recordando cómo su fuerte incremento permitió, desde mediados de los ochenta en adelante, contrarrestar eficazmente la tendencia a la caída de la tasa de ganancia del capital productivo. Volvamos así a la crisis actual para reflexionar, acercándonos ya a la conclusión, sobre el tema fundamental del conflicto de clase.

En las notas iniciales sobre las causas estructurales de la crisis actual la apelación a Marx era transparente puesto que identificamos en la caída de la tasa de ganancia que se produjo en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial la raíz última de la «revolución» neoliberal. Todo lo que hemos observado después en relación con los aspectos metodológicos del análisis marxiano ha servido para poner en evidencia la acción de los factores subjetivos inmanentes a los procesos estructurales: así como no ver el trabajo obrero al mirar la mercancía denotaría un vicio fetichista, del mismo modo no ver el conflicto de clase en el fondo de la crisis de rentabilidad del capital revelaría una deformación economicista. En suma, la lucha de clases acompaña como una sombra la reproducción del capital debido a la estructura antagonista de la relación de producción. Pero decir «lucha de clases» no basta para definir el resultado del

conflicto. En la sociedad contemporánea la lucha entre capital y trabajo puede dar lugar a la victoria de uno o del otro.

Preguntémonos por tanto cómo han incidido, en el período histórico que aquí nos ocupa, la iniciativa obrera y, más en general, el conflicto protagonizado por las clases subalternas. En lo que concierne a las tres décadas “gloriosas” (1945-1975), las luchas por el salario, la plena ocupación y los derechos sociales han transformado las sociedades occidentales civilizando, por así decir, (en la medida de lo posible) el capitalismo. Como ha sostenido el obrerismo italiano – con buenos argumentos y algún exceso ideológico – en aquel período histórico la iniciativa obrera se tradujo en una acción de control sobre aspectos destacados del proceso reproductivo, y el alcance subversivo de esa acción condujo a la dura reacción capitalista que culminó con el triunfo neoliberal. En los últimos cuarenta años el capital ha prevalecido de manera estable en todo el mundo occidental, imponiendo al trabajo y a las clases subalternas condiciones muy duras (a menudo en los límites de la servidumbre) y la renuncia a importantes conquistas en el plano salarial y en el terreno del accionar democrático. Basta recordar que en los Estados Unidos los salarios reales están estancados desde inicios de los setenta, que los italianos lo están desde hace quince años y que, en los quince países más ricos de la OCDE, entre 1976 y 2006 la incidencia de las rentas del trabajo sobre el PIB se ha reducido en una media de diez puntos (del 68 al 58%)²⁸. Esto ciertamente no significa que el trabajo haya soportado pasivamente el poder capitalista ni que los cuerpos sociales se hayan vuelto inertes y pacíficos. Un seguimiento sistemático de las luchas demuestra

lo contrario²⁹. Es innegable, sin embargo, que la resistencia al poder capitalista ha sido inadecuada y perdedora, y que hoy el dato característico es la soberanía de un capital enemigo de la misma democracia burguesa (como lo demuestra la dura pulseada entre algunos Estados de la Unión Europea y las instituciones comunitarias, ligadas a los poderes financieros), un capitalismo que ha retrocedido, en el terreno de la civilidad, a la nostalgia por formas arcaicas (neofeudales) de dominio³⁰. No nos es posible detenernos aquí a considerar las múltiples causas de una derrota que ha involucrado a todas las organizaciones del movimiento obrero, determinando la consolidación de una relación de fuerza tan desequilibrada en favor del capital. La única causa que no se puede dejar de recordar es el abandono de la cultura crítica (anticapitalista) por parte de los más importantes sujetos organizados de la izquierda europea. Un caso emblemático de la renuncia de la mayor parte de la izquierda europea a la propia función crítica ha sido el «suicidio» del Partido Comunista Italiano³¹, que se apartó de su propia tradición cultural y política, y se transformó, en los últimos veinte años, en una fuerza «modernizadora» en conformidad con el neoliberalismo. No se debe subestimar este terreno de la lucha cultural y la organización ideológica. La construcción y la consolidación de una forma de gobierno de la economía y de la sociedad no podrían realizarse sin la estructuración de lo que Gramsci llama «aparato hegemónico»: un «sistema» cultural (institucional y discursivo) capaz de producir interpretaciones plausibles de lo que es una sociedad y de cómo funciona y debe transformarse. En este contexto, el alineamiento de las organizaciones de las clases subalternas

a la ideología de la clase dominante ha constituido un paso decisivo para la estabilización de un acuerdo entre economía y sociedad ventajoso para el capital y funcional al proceso neoliberal de «modernización».

El hecho es que, por el momento, nada parece ser capaz de frenar el excesivo poder capitalista, aunque se haga cada vez más evidente, para un sector cada vez más amplio de la población, la destructividad de un sistema que se reproduce exasperando la desigualdad y la injusticia social. Si las cosas están así, parecería, a primera vista, que – aunque siga siendo un referente ineludible en el plano del análisis crítico – Marx tiene poco que decirnos hoy como dirigente político, como guía en la lucha por la defensa de los derechos y de las condiciones de vida de las clases trabajadoras. Y, sin embargo, sacar estas conclusiones sería algo profundamente equivocado. No porque la derrota sufrida por las fuerzas del trabajo sea de poca monta, ni porque vaya a ser fácil recuperar el terreno perdido en estos cuarenta años e invertir una tendencia que parece todavía indudablemente favorable al capital – excepto por lo que observamos anteriormente sobre la radical inestabilidad del sistema capitalista mundial y sobre los riesgos de una evolución dramática de la crisis en el plano social y político en muchos países europeos. Abandonar a Marx en lo que respecta a la praxis, perder de vista su ejemplo con relación a los problemas de la construcción del sujeto revolucionario y a la organización del conflicto sería un error en la medida en que nada de la difícil situación actual podría ser atribuido a sus enseñanzas, que hoy aparecen, por el contrario, como más vigentes y decisivas que nunca. Resulta oportuno, para concluir, llamar la atención sobre dos de ellas en particular. Por

un lado, la exigencia primordial de disponer de un adecuado cuadro de lectura del proceso histórico, dentro del cual situar con precisión la fase política. Marx logró dar respuesta a esta exigencia en el *Manifiesto del partido comunista*, que fue por esa razón un instrumento formidable de movilización y de lucha. Por el otro lado, la necesidad taxativa de unir las fuerzas del trabajo más allá de los límites nacionales y continentales, identificando formas de cooperación intelectual y de organización política análogas, *mutatis mutandis*, a las construidas por Marx y otros dirigentes revolucionarios en la época de la Primera Internacional. Como se ha observado recientemente, la clase dominante se ha transformado ya completamente en una «clase capitalista transnacional», en una clase «para sí a todos los efectos», dotada de conciencia en cuanto a su propia composición y a su propio proyecto de poder³². La capacidad de conducir eficazmente una lucha de clases «regresiva», imponiendo a la mayoría sus propios intereses particulares como intereses generales, es en gran medida fruto del alto grado de autocomprensión de la clase dominante. Pero si esto es cierto, tanto más actual resulta entonces la lección política de Marx. Frente al sistema de poder capitalista plenamente globalizado, el imperativo de la unidad de la clase trabajadora, puesto por Marx en el centro de su propia militancia política, es, en efecto, más urgente que nunca. En el reconocimiento de su carácter imperioso se juega hoy la partida del renacimiento de la clase obrera. Del pasaje del trabajo de potencia revolucionaria *en sí* a subjetividad consciente de sus propios fines. Del salto de calidad desde la actualidad (objetiva) de Marx a la vuelta (subjetiva) a Marx y a su lección.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, Louis, *Lire le Capital* (1965-68), escrito en colaboración con Étienne Balibar, Roger Establet, Pierre Macherey, Jacques Rancière. PUF, Paris, 1996.
- Althusser, Louis, *Pour Marx* (1965). Maspero, Paris, 1980.
- Bellofiore, Riccardo, *La crisi capitalistica, la barbarie che avanza*. Asterios, Trieste, 2012.
- Bellofiore, Riccardo, *La crisi globale, l'Europa, l'euro, la Sinistra*. Asterios, Trieste, 2012.
- Burgio, Alberto, *Gramsci storico. Una lettura dei "Quaderni del carcere"*. Laterza, Roma-Bari, 2003.
- Burgio, Alberto, *Senza democrazia. Un'analisi della crisi*. DeriveApprodi, Roma, 2009.
- Burgio, Alberto, *Strutture e catastrofi. Kant Hegel Marx*. Editori Riuniti, Roma, 2000.
- Burgio, Alberto, "Antonio Labriola", en Michele Ciliberto (ed.), *Il contributo italiano alla storia del pensiero. Filosofia* (Enciclopedia Italiana, Apéndice VIII). Istituto dell'Enciclopedia Italiana, Roma, 2012, pp. 527-537.
- Carchedi, Guglielmo, *Behind the Crisis. Marx's Dialectics of Value and Knowledge*. Brill, Leiden, 2011.
- Carchedi, Guglielmo, *Dalla crisi di plusvalore alla crisi dell'euro*, en <http://www.sinistrainrete.info/crisi-mondiale/1830-guglielmo-carchedi-dalla-crisi-di-plusvalore-alla-crisi-delleuro.html>.
- Crouch, Colin, *Post-democracy*. Polity Press, Cambridge, 2004.
- Gallino, Luciano, *Finanzcapitalismo. La civiltà del denaro in crisi*. Einaudi, Torino, 2011.

- Gallino, Luciano, *La lotta di classe dopo la lotta di classe*. Laterza, Roma-Bari, 2012.
- Gentile, Giovanni, *La filosofia di Marx. Studi critici* (1899), 5ª ed. a cargo de V.A. Bellezza. Sansoni, Firenze, 1974.
- Giacché, Vladimiro, *Titanic Europa. La crisi che non ci hanno raccontato*. Aliberti, Roma, 2012.
- Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere*, ed. crítica del Istituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana. Einaudi, Torino, 1975.
- Labriola, Antonio, *Scritti filosofici e politici*, editado por Franco Sbarberi. Einaudi, Torino, 1973.
- Magri, Lucio, *Alla ricerca di un altro comunismo. Saggi sulla sinistra italiana*, editado por Luciana Castellina, Famiano Crucianelli y Aldo Garzia. Il Saggiatore, Milano, 2012.
- Magri, Lucio, *Il sarto di Ulm. Una possibile storia del Pci*. Il Saggiatore, Milano, 2009.
- Marx, Karl, [*Brief an die Redaktion der «Otetschestwennyje Sapiski»*] (1877), en MEW, vol. 19. Dietz, Berlin, 1987, pp. 107-12.
- Marx, Karl, *Zur Kritik der politischen Ökonomie* (1859), «Vorrede», en MEW, vol. 13. Dietz, Berlin, 1961, pp. 7-11.
- Perri, Stefano, “Back to the Future? The Tendency of the (Maximum) Rate of Profit to Fall. Empirical Evidence and Theory”, en Emiliano Brancaccio y Giuseppe Fontana (eds.), *The Global Economic Crisis. New Perspectives on the Critique of Economic Theory and Policy*. Routledge, 2011, pp. 164-183.

NOTAS

¹ Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, ed. crítica del Istituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, Einaudi, Torino 1975, pp. 1518-9.

² Sobre este tema véanse los siguientes estudios publicados recientemente: Vladimiro Giacché, *Titanic Europa. La crisi che non ci hanno raccontato*, Aliberti, Roma 2012; Riccardo Bellofiore, *La crisi capitalística, la barbarie que avanza*, Asterios, Trieste 2012; Id., *La crisi globale, l'Europa, l'euro, la Sinistra*, Asterios, Trieste 2012; para una síntesis histórica de largo período me permito remitir a mi *Senza democrazia. Un'analisi della crisi, DeriveApprodi*, Roma 2009.

³ Cf. Guglielmo Carchedi, *Behind the Crisis. Marx's Dialectics of Value and Knowledge*, Brill, Leiden 2011, pp. 85 ss.; Id., *Dalla crisi di plusvalore alla crisi dell'euro*, en <http://www.sinistrainrete.info/crisi-mondiale/1830-guglielmo-carchedi-dalla-crisi-di-plusvalore-alla-crisi-delleuro.html>. En relación con las cinco últimas décadas, Stefano Perri (*Back to the Future? The Tendency of the (Maximum) Rate of Profit to Fall. Empirical Evidence and Theory*, en Emiliano Brancaccio y Giuseppe Fontana (eds.), *The Global Economic Crisis. New Perspectives on the Critique of Economic Theory and Policy*, Routledge, 2011, pp. 164-183) proporciona datos esencialmente concordantes sobre la tendencia negativa de la tasa de ganancia bruta en la economía de

Estados Unidos, Japón, Francia, Reino Unido, Alemania e Italia.

⁴ Luciano Gallino, *La lotta di classe dopo la lotta di classe*, Laterza, Roma-Bari 2012, p. 108; del mismo Gallino véase también *Finanzcapitalismo. La civiltà del denaro in crisi*, Einaudi, Torino 2011.

⁵ Cf. Alberto Burgio, *Strutture e catastrofi. Kant Hegel Marx*, Editori Riuniti, Roma 2000, pp. 205 ss.

⁶ Karl Marx, *Zur Kritik der politischen Ökonomie* (1859), «Vorrede», in MEW, vol. 13, p. 9.

⁷ Karl Marx, [*Brief an die Redaktion der «Otetschestwennyje Sapiski»*] (1877), in MEW, vol. 19, pp. 111-2.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Giovanni Gentile, *La filosofia di Marx. Studi critici* (1899), Sansoni, Firenze 1974, editado por V.A. Bellezza, pp. 114, 35, 45, 42-3.

¹⁰ *Ibid.*, p. 51.

¹¹ *Pour Marx* (1965), Maspero, Paris 1980, pp. 234-5.

¹² *Lire le Capital* (1965-68), escrito en colaboración con Étienne Balibar, Roger Establet, Pierre Macherey, Jacques Rancière, PUF, Paris 1996, pp. 334-8.

¹³ *Ibid.*, p. 310.

¹⁴ *Ibid.*, p. 396.

¹⁵ *Pour Marx*, cit., p. 235.

¹⁶ *Lire le Capital*, cit., p. 396.

¹⁷ *Ibid.*, p. 311.

¹⁸ Burgio, *Strutture e catastrofi...*, cit., pp. 165 ss.

¹⁹ *Lire le Capital*, cit., pp. 323-4.

²⁰ *Ibid.*, pp. 311, 320 ss.

²¹ *Quaderni del carcere*, cit., p. 1583; sobre el análisis gramsciano de la «relación de fuerza» cf. Alberto Burgio, *Gramsci storico. Una lettura dei "Quaderni del carcere"*, Laterza, Roma-Bari 2003, pp. 110 ss.

²² *Quaderni del carcere*, cit., pp. 1583-4.

²³ Para un primer acercamiento sintético, me permito enviar a mi Antonio Labriola, en Michele Ciliberto (ed.), *Il contributo italiano alla storia del pensiero. Filosofia* (Enciclopedia Italiana, Apéndice VIII), Istituto dell'Enciclopedia Italiana, Roma 2012, pp. 527 ss.

²⁴ *Del materialismo storico. Dilucidazione preliminare* (1899), en Antonio Labriola, *Scritti filosofici e politici*, editado por Franco Sbarberi, Einaudi, Torino 1973, p. 537.

²⁵ *Ibid.*, p. 545.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Zur Kritik der politischen Ökonomie* (1859), «Vorrede», cit., p. 9.

²⁸ Gallino, *La lotta di classe...*, cit., pp. 49, 104.

²⁹ Cf. Burgio, *Senza democrazia...*, cit., pp. 257-8.

³⁰ Véase a este respecto el importante análisis realizado por Colin Crouch en su *Post-democracy*, Polity Press, Cambridge 2004.

³¹ Así lo califica Lucio Magri en *Alla ricerca di un altro comunismo. Saggi sulla sinistra italiana*, editado por Luciana Castellina, Famiano Crucianelli y Aldo Garzia, il Saggiatore, Milano 2012, p. 124; del mismo Magri veasé también, a este respecto, *Il sarto di Ulm. Una possibile storia del Pci, il Saggiatore*, Milano 2009.

³² Gallino, *La lotta di classe...*, pp. 15-6.